



Texto y fotos: Arnaldo Mirabal Hernández, Isis Hernández Milián y Ariel Aymé Gómez
email: arnaldo.mirabal@giron.cip.cu

TEMPRANO EN la mañana llegamos a la casa de Nemesia. Éramos tres jóvenes periodistas y un chofer veterano. Estábamos deseosos de dialogar con ella. Sin acuerdo previo evitamos que recordara el dolor de su niñez, que siempre ha viajado consigo y que algunos intentan evocar una y otra vez.

En la humilde sala, donde nos acomodamos, comenzó la conversación. En una mesita descansaban retazos de tela que denotan su afición por la costura, junto a varios libros sobre Fidel, Chávez, o la epopeya de Playa Girón.

Nemesia en la cicatriz de un país

- El odio envilece, y en su nombre se cometen monstruosidades. ¿Cómo entender las razones de un piloto que descarga su furia contra un camión tripulado por civiles, en su mayoría niños? ¿Qué circunstancias motivaron al aviador a disparar una y otra vez sobre el vehículo? Esas preguntas han atormentado a Nemesia durante 55 años, desde que un día gris trastocara su vida para siempre

"Aquí fui feliz, jugaba. Siempre ansio volver y cuando llego me siento muy contenta. Me fascina el lugar. Recuerdo a mi papá trabajando, cortando caña para alimentar unas vaquitas que tenía, sembrando plátano, frijol.

"Me encanta el monte y nada me asusta, ni los animales jíbaros, ni los mosquitos. He oído que los insectos de esta zona se comen las larvas del *Aedes*, por eso, apenas escuchas hablar del dengue.

"Suelo venir con mis sobrinos y la familia, hasta hacemos almuerzo. Otras veces he arrancado caminando sola para refugiarme aquí. Y me he inspirado una que otra vez:

"En Soplillar yo nací/ y me siento tan contenta/ que no he sacado la cuenta/ del tiempo que llevo aquí/ por eso me sorprendí/ bajo la mata de güira/ al pensar que el tiempo gira/ y gira para matarme/ y ni así podrá quitarme/ lo que tengo de guajira.

"¡Tengo de guajira todo! Me siento muy plena en el campo. Soplillar es un sitio muy sereno. Vivimos todos como familia, nos cuidamos unos a otros. Las chirimoyas se maduran en tu jardín y ni los niños las cogen.

"Pero cuando llega abril me pongo un poco nerviosa. Los médicos me indicaron evitar las entrevistas, casi siempre me emocioño".

CELIA

"Mi mamá y Celia se conocieron y entablaron una relación de amistad. Celia llegó a Soplillar al poco tiempo de triunfar la Revolución para llevarse a un grupo de jóvenes a estudiar a La Habana. Entre ellos

cho: 'Llévame para mi casa que tengo deseos de ver a mi mamá', le decía; entonces Celia me cargaba y también lloraba desconsoladamente.

"Siempre tuve esa inquietud: ¿por qué Celia lloraba tanto conmigo? Con los años, supe que ella tampoco tenía madre. Al parecer, yo le traía de vuelta esos tristes momentos, rompía en llanto junto a mí como si fuera mi familiar más cercano y sintiera muy adentro mi dolor".

INDIO NABORÍ

"Cuando Celia descubre que entre las víctimas civiles de la invasión figura el nombre de Juliana Montano, llama al Indio Naborí, que estaba en Varadero al frente de los alfabetizadores. Le pide que hiciera una crónica acerca de las víctimas de la agresión.

"Entonces él entró hasta Pálpite, pero allí le informan que la familia de Juliana Montano estaba en Jagüey Grande. Porque a nosotros nos ataca el avión cuando nos evacuaban hacia allá.

"Nunca piensen en una niña de 13 años de estos tiempos. Se trataba de una pequeña del año 1961. Yo no sabía lo que era una invasión. Nunca creí posible que nos podían matar sin nosotros atacar a nadie.

"Cuando mi papá nos dijo: '¡Recojan lo imprescindible! Esto es una invasión y tenemos que trasladarnos hacia Jagüey'. Yo, inocente al fin, recordé que las niñas del pueblo lucían sus zapaticos blancos. Me llevé conmigo las mejores medias, un vestido, y la caja con mis zapatos. Fíjese usted, yo pensaba que íbamos a pasear a Jagüey.

"Cuando el Indio Naborí me encuentra y trae en sus manos la caja con los zapatos, vino a mi mente todo aquello de golpe. Mi hermanito grave, mi abuela también, la muerte de mi mamá. Hacía muy poco que la habíamos sepultado. Al ver mis sueños destrozados y el inmenso dolor que había sentido en tan poco tiempo, al recordar cómo mi mamá me los había comprado, me emocioné y lloré tanto....



ya de Playa Girón.

Mientras avanzaba la plática, Nemesia mencionó un lugar no muy distante del poblado de Soplillar, un sitio que disfruta. Hacia allí partimos. En la quietud del paisaje la conversación se distendió y hoy decidimos compartir con los lectores fragmentos de aquella mañana memorable cuando la entonces niña presenció uno de los golpes más fuertes que alguien puede vivir: la muerte de un ser querido.

"Me gusta venir a Santa Teresa, leo mucho. Hay tranquilidad. Me trae numerosas vivencias de mi niñez. Mi papá tenía aquí un conuco, como decimos los guajiros, y yo venía donde él cultivaba las cañas, los plátanos..."

venas a estudiar a La Habana. Entre ellos estaban algunos hermanos míos. Los hospedaron en las casas intervenidas de los ricos que se iban del país.

"Como se avizoraba una invasión, mi mamá arrancó para La Habana a traerlos, pero Celia trató de persuadirla. Así se conocieron.

"Cuando mi mamá muere, el Indio Naborí me llevó para la casa de la heroína. Ella amparó a numerosos niños huérfanos. Su intención era quedarse conmigo, siempre fue muy buena. Pero yo quería regresar.

"Con los años, al leer la biografía de Celia, entendí varias cosas. Recuerdo que cuando estaba en su hogar yo lloraba mu-



Las nuevas generaciones de periodistas siempre sueñan con conocer y conversar con Nemesia.



Leer y visitar los predios de Santa Teresa, dos de las pasiones de Nemesia.

"El poeta empieza a indagar y le dicen dónde se hallaba el camión tiroteado. Al localizarlo se trepa en el vehículo y comienza a tirarles fotos a las latas de leche, las colchas quemadas. Es cuando encuentra los zapaticos blancos en una caja, traspasados por un proyectil.

"Naborí toma la cajita y sale en busca de la dueña de los zapaticos blancos".

LOS ZAPATICOS BLANCOS

"Los zapaticos blancos habían sido el sueño de mi vida. Todos los niños han tenido un sueño, el mío era ver mis pies calzados con ellos. Antes del triunfo de la Revolución no me los pudieron comprar.

"El mismo año 1959 en que Fidel baja de la Sierra construyen la carretera. Ya podías ir a Jagüey. Ibas por la mañana y regresabas por la tarde. Antes, solo viajábamos cuando había algún enfermo.

"Vi la oportunidad y le dije a mi madre: '¿ahora sí me puedes comprar unos zapatos? Si me los compras que sean blancos, mamá'. A principios de abril mi anhelo se había hecho realidad.

"Pero figúrate...en la Ciénaga no existía la ocasión para estrenarlos. Creía que se me iban a romper y me los puse una sola vez, me los quité enseguida y los guardé en la cajita.

"Con el tiempo, Naborí dijo que al llegar a su hogar le comentó a su esposa Eloína que no podía cumplir con la crónica encomendada por Celia; él tenía algo atragantado muy adentro que tenía que decir, y así nace **Elegía a unos zapaticos blancos**".

TRISTEZA

"A veces no quisiera recordar más. Me emociono mucho y me hace daño. Cuando llega abril la tristeza es inevitable. Pero luego pienso en los jóvenes y entiendo que ellos deben saber qué sucedió en la invasión a la Ciénaga de Zapata.

"No es solo perder a la mamá. Es perderlo todo. Yo vivía con mis dos abuelas. Y las abuelas acarician y malcrian. Mi hermana y yo éramos las más chiquitas de la casa. Al venir la invasión matan a mi mamá, mi abuela paterna queda paralítica, a mi hermanito más pequeño le dieron un balazo en la pierna y otro en el brazo, a mi hermano mayor uno en el cuello.

"Cuando nosotros regresamos para la casa era un hogar sin abuelas. No pudieron vivir más con nosotros por la edad, las heridas y la tristeza. Mi niñez fue muy dura...estoy llorando otra vez, porque aunque pasen los años la herida permanece".